

DE BUENAS LETRAS

Del pensamiento simplón

MIGUEL ARNAS CORONADO

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Si el pensamiento único era nefasto, el pensamiento simplón lo es doblemente. Aclaremos conceptos.

El pensamiento único es aquel que hace pensar a todo el mundo lo mismo. Herbert Marcuse muestra cómo las estructuras ideológicas de las clases dominantes (hoy, las multinacionales y especialmente las propietarias de redes sociales) se imponen en el personal, no solo desde las ideas mismas sino desde sus manifestaciones en medios de comunicación y el arte. Bien, esas clases dominantes pueden hacerlo: tienen poder para ello. Por eso consiguen que la gente piense lo que ellas quieren que piense. Ese 'lo' implica que en realidad no hay pensamiento sino copia, seguimiento, imitación. Al parecer, todos queremos tener un yate o una moto potentísima, igual que ellos la tienen. De modo que han conseguido que sintamos como ellos desean. Y todos deseamos seguridad, por eso nos hacemos seguros de vida, de casa, de coche, de salud, etc. No se crea que estos deseos no sean ideas.

El pensamiento simplón ha ido más allá. Nótese que utilizo la palabra simplón, au-

mentativa coloquial de simple, mentecato, según el DRAE. En Granada se usa muchísimo para designar a persona bobalicona, tontorrón, aunque también es cariñoso. Y digo que ha trascendido el pensamiento simple porque ya no son solo las clases poderosas o dominantes sino cualquier organización, por mucho que repugne del poder tradicional, quien puede expresar ese pensamiento copiado por la gente. Ya sé que en eso consiste la democracia, naturalmente, o cuanto menos esta democracia formal que obtuvimos hace cuarenta años (las otras han fracasado estrepitosamente). Pero quizá, lo mismo que en el pensamiento único, en el pensamiento simplón la culpa la tiene quien cae en él. O más bien debería decir quienes caen en él, porque no es problema que individuos aislados o sueltos caigan en la simplonada, sino que masas enteras absorban y emitan ese pensamiento simplón.

¿Y en qué consiste ese pensamiento simplón? Hablando claro y directo, consiste en el mundo de buenos y malos, en la teoría aplicada de las películas de indios. Para que se me comprenda deberé, seguro, poner ejemplos.

Hay quienes están a favor de la Iglesia o de las religiones y todo aquello que se salga de ellas es funesto. Y a su vez hay quienes consideran a las religiones engendros diabólicos para engañar a la gente y que deberían desaparecer. En cierta ocasión una persona me decía que el Rocío debería prohibirse. Te cargarías, le dije, 5000 años de tradición. ¡Imposible!, si el cristianismo no tiene más de 2000 años, me respondió. El Rocío es continuidad de antiguas romerías al templo de la diosa Ishtar, que estaba por allí, cerca de Almonte. Me miró con incredulidad: esa persona ya tenía su idea hecha.

Otra: quienes pertenecen o simpatizan, o solo son votantes de un partido. Todo lo que haga su partido estará bien hecho. Todo lo que hagan los demás, y sobre todo aquellos que jamás pactarían con el propio, estará mal hecho. Sea lo que sea, aunque le beneficie, porque si es así, será por demagogia o populismo.

Recuerda a los forofos de un equipo de fútbol. Los suyos jamás son penaltis. Si los contrarios no son pitados, el árbitro está vendido.

El pensamiento simplón en realidad permite no pensar, solo clasificar. ¿Quiénes son los buenos?, los míos. ¿Quiénes son los malos?, los otros. Y no hará falta juzgar cada hecho, sino solo mirar quién lo ha promovido. Si estos, bien. Si aquellos, mal.

Esta deformación cerebral tiene una ventaja enorme: la que acabo de describir en el anterior párrafo, pero pone en peligro la democracia, que es el sistema, como aseguraba María Zambrano, donde la persona puede manifestarse como persona, de 'per sonare', para sonar, para decir lo que en verdad piensa, no lo que solo repite.